

¿Merecía la pena vivir así?

Enrique Lenza González

Tragicomedia en dos actos

PERSONAJES

SILVIO.
ÓSCAR.
AMELIA.
DOCTOR.
MÓNICA.

Época actual. Derecha e izquierda las del espectador.

Acto I

Cuadro I

Gabinete en casa de los hermanos Pérez Ayuso (D. SILVIO y D. ÓSCAR.)

Tanto la decoración de las paredes, como los muebles, denotan claramente que han pasado muchos años desde que sus difuntos propietarios alquilaran el piso en un céntrico y antiguo barrio de Madrid.

En un lienzo de la pared que está frente al espectador, se verán las fotografías enmarcadas en negro de los familiares fallecidos de la familia Pérez Ayuso y debajo de cada uno de los marcos, una esquelita con la fecha del nacimiento y muerte de cada uno de ellos, así como dos marcos vacíos en espera en su día, de las fotografías de los hermanos SILVIO y ÓSCAR.

Encima de dichas fotografías y en marco de tamaño más grande está la del abuelo, fundador de la dinastía.

Haciendo ángulo con el lienzo de la pared, una chimenea y dos sillones de cuero en bastante desuso. A

su derecha una librería repleta de libros con antiguas encuademaciones y un teléfono.

En el lateral izquierdo un balcón y al fondo una puerta que conduce a las habitaciones interiores de la casa.

Encima de la chimenea y bien visibles, gran cantidad de productos farmacéuticos y un viejo reloj de pared.

Al comenzar la acción de la obra, SILVIO y ÓSCAR esperan impacientes a que el reloj dé las siete campanadas de la «suerte», pero esta vez no son las campanadas del Año Nuevo, sino las del cumpleaños de SILVIO, el mayor de los dos hermanos que está a punto de cumplir sesenta y ocho años tan pronto como suenen. Silencio largo. Por fin suena el reloj.

ÓSCAR, dos años más joven que su hermano, levanta su copa para brindar, pero SILVIO le detiene.

SILVIO.- ¡Espera!... ¡Espera! Primero dan los cuartos.

(El reloj da las siete y esperadas campanadas.)

ÓSCAR.- (Le vantando su copa.) ¡Feliz cumpleaños, hermano!

SILVIO.- Gracias. (Se abrazan. Con satisfacción y como desafiante mira al retrato del abuelo.) ¡Ya soy más viejo que tú!

ÓSCAR.- Un minuto y veinte segundos. (Le entrega un paquete.) Mi regalo.

SILVIO.- (Al ver el paquete de considerable tamaño.) ¿Qué es? ¿Un estuche para las gafas?

ÓSCAR.- Frío... frío... ¡Algo mucho mejor!

SILVIO.- (Con asombro.) Un pastillero.

ÓSCAR.- Caliente... caliente...

SILVIO.- Un regalo muy útil.

ÓSCAR.- Como tienen que ser los regalos, útiles. Caben doce pastillas arriba y doce abajo.

SILVIO.- (Mirándolo detenidamente.) Es muy bonito.

ÓSCAR.- ¿De verdad te ha gustado?

SILVIO.- Mucho.

ÓSCAR.- Así no tendrás que llevar las pastillas sueltas por los bolsillos.

SILVIO.- Como que era un incordio cada que vez que me tenía que tomar una.

ÓSCAR.- No sabes lo que me agrada que te haya gustado. La verdad es que no sabía qué comprarte. ¡Como tienes de todo!

Estás más surtido que la Casa del Médico.

SILVIO.- Como estamos tan enfermos...

ÓSCAR.- Tienes razón. Es conveniente estar preparados.

SILVIO.- Sí, no vaya a ser que cuando menos lo pensemos...

ÓSCAR.- Ocupemos uno de esos marcos vacíos.

SILVIO.- Pero coge un pastel.

ÓSCAR.- Sólo hay dos.

SILVIO.- Para qué más. Uno para cada uno. No es bueno abusar del dulce.

ÓSCAR.- Tienes razón.

SILVIO.- Enseguida la diabetes hace su aparición.

ÓSCAR.- (Se come uno de los pasteles.) ¡Hum! Está delicioso.

SILVIO.- En *Las Delicias* lo hacen muy bien. (Se come el otro.) También a ti te gustó el botiquín que te regalé el año pasado por tu sarto.

ÓSCAR.- Como que no me separo de él ni de día ni de noche.

(Lo dos callan, se miran y acaban por reírse.)

La verdad es que nos hacemos unos regalos...

SILVIO.- ¡Basta! ¡Basta! No es bueno reírse en demasía.

(Breve silencio.)

ÓSCAR.- ¿Qué te pasa? ¿Te duele algo?

SILVIO.- No.

ÓSCAR.- Como te has quedado tan callado.

SILVIO.- No me duele nada. Es que soy muy feliz en este instante.

ÓSCAR.- Pues tienes una manera de demostrarlo...

SILVIO.- (**En tono solemne.**) ¡Yo! El hijo mayor de la dinastía de los Pérez Ayuso, ha superado la edad de nuestro abuelo (**Mira el reloj.**) en trece minutos.

ÓSCAR.- Y cuarenta y cinco segundos.

SILVIO.- Qué manía tienes con los segundos. ¡Me pones enfermo!

ÓSCAR.- No, eso no. Enfermo no. Ya lo estás bastante.

SILVIO.- (**Se dirige al abuelo.**) ¡Soy más viejo que tú! Acabo de cumplir sesenta y nueve años. (**A su hermano.**) Lo que siento querido Óscar, es que no nos haremos muy viejos.

ÓSCAR.- Por una vez deja de ser pesimista y más en un día como el de hoy.

SILVIO.- Tienes razón. (**Señalando los marcos.**) Estos son para nosotros. Fíjate si hoy me siento generoso, que te doy el privilegio de que elijas el que prefieras.

ÓSCAR.- Me da lo mismo. Los dos son iguales.

SILVIO.- Pero no el sitio. ¿Cuál prefieres el de la derecha o el de la izquierda?

ÓSCAR.- Qué más da.

SILVIO.- Es que hay una diferencia.

ÓSCAR.- ¿Cuál?

SILVIO.- El que los vea puede pensar políticamente ¿comprendes?

ÓSCAR.- Eres muy suspicaz. Si aquí no viene nadie.

SILVIO.- Decídetelo de una vez.

ÓSCAR.- Está bien, si no hay otro remedio, el de la derecha.

SILVIO.- Has heredado las ideas de papá, que en paz descance.

ÓSCAR.- Me diste a elegir.

SILVIO.- No te lo reprocho.

ÓSCAR.- Era un monárquico hasta la médula.

SILVIO.- ¿Cómo puedes recordarlo si eras muy pequeño cuando murió?

ÓSCAR.- Te lo he oído a ti muchas veces.

SILVIO.- ¡No digas tonterías! Yo tenía tres años cuando murió.

ÓSCAR.- Pues entonces se lo habré oído decir a tía Elena.

SILVIO.- Tía Elena murió antes que nuestro padre.

ÓSCAR.- Entonces ¿a quién se lo he oído decir? A nuestra madre quizás.

SILVIO.- Nuestra madre murió cuando tú naciste.

ÓSCAR.- Creo que el *champagne* se me ha subido a la cabeza. Está visto que no doy una.

SILVIO.- Lo mejor será que te tomes las gotas para la circulación.

ÓSCAR.- Aún es temprano. Hasta las siete y media no te tocan.

¿Y tú las de la taquicardia?

SILVIO.- **(Mira el reloj.)** Ya me las tenía que haber tomado.

ÓSCAR.- ¿No te harán daño encima del *champagne*?

SILVIO.- Pero si apenas me he mojado los labios; pero por si acaso tienes razón. No vaya a ser que el demonio enrede.. **(Breve silencio.)** La verdad es que podían hacer las medicinas con sabores más agradables. Por ejemplo a fresa, a chocolate, a limón...

ÓSCAR.- Lo que tú quieres no son medicinas, sino un helado.

SILVIO.- **(Suelta una estrepitosa carcajada.)** Pero qué gracioso eres. Vaya ocurrencia. **(Se ríe.)**

ÓSCAR.- Te he hecho gracia.

SILVIO.- **(Deja de reír. Carraspea un poco y dice.)** Mucha, pero no se puede reír tan fuerte. Me he hecho daño en la garganta.

ÓSCAR.- Hay que reírse así. **(Se ríe ridículamente.)** ¿Lo ves? Como si nada.

SILVIO.- Hazlo otra vez.

(ÓSCAR lo repite y SILVIO trata de imitarlo. Ambos acaban por reírse abiertamente.)

ÓSCAR.- Si seremos tontos, que acabamos riéndonos de nuestras propias tonterías. A veces tengo la impresión de que somos dos niños, de que no hemos crecido.

SILVIO.- ¿No eres feliz?

ÓSCAR.- Yo no he dicho eso. ¿Y tú lo eres?

SILVIO.- Completamente feliz. Los dos juntos. Cuidándonos el uno al otro. ¡Qué más podemos desear! Una vida tranquila, un buen pasar... Lo que siento es que quizá sea por poco tiempo.

ÓSCAR.- ¿Ya estás otra vez? Ya te lo decía yo. A ti te sientan mejor las medicinas que el *champagne*.

SILVIO.- Es posible, pero no íbamos a brindar con Ceregumil. Por cierto, hay que decirle a Amelia que compre otro frasco.

ÓSCAR.- Lo que tiene que comprar es esperanza y eso no lo venden en las farmacias.

SILVIO.- Ven aquí. **(Se acercan a los retratos.)** Mira. Tía Emilia, muerta a los treinta y cinco años. Tío Jaime, muerto a los cuarenta y uno. La prima Angélica, muerta a los dieciocho. Nuestra madre muerta a...

ÓSCAR.- **(Cortándole.)** Los veintiocho.

SILVIO.- Nuestro padre muerto a los treinta y tres años, y así uno tras otro fueron cayendo todos, de aquella terrible enfermedad de la tuberculosis.

ÓSCAR.- La cogió tía Elena y se cargó a toda la familia.

SILVIO.- Por eso es mejor lo que hacemos nosotros. Procurar salir a la calle lo menos posible. Tener permanentemente los balcones cerrados, para que no haya corriente. Usar siempre la misma ropa tanto en invierno como en verano, etc.

ÓSCAR.- ¿Y para qué sirven tantas precauciones?

SILVIO.- ¿Cómo que para qué sirven? Llevas en el mundo sesenta y seis años y aún no has estado enfermo y menos de esa enfermedad.

ÓSCAR.- Hoy día nadie se muere de tuberculosis.

SILVIO.- Fíate de la Virgen y no corras. **(Se da cuenta de la barbaridad que acaba de decir y se santigua.)** Dios mío, pero qué barbaridad acabo de decir. ¡Qué barbaridad! Y es que cuando me pongo nervioso...

ÓSCAR.- **(Solicito.)** ¿Quieres un sedante?

SILVIO.- No, ya parece que se pasa **(Pausa.)** Si nuestro abuelo levantara la cabeza.

ÓSCAR.- ¿Por qué le recuerdas ahora?

SILVIO.- Porque gracias a él vivimos como vivimos.

ÓSCAR.- Sin dar golpe.

SILVIO.- Gracias al negocio del chocolate.

(El reloj da las siete y media.)

Tus gotas.

ÓSCAR.- Es verdad. Ni me acordaba. Si no me lo llegas a decir. (**Las prepara en un vaso de agua y se las toma.**)

SILVIO.- ¿Saben mal?

ÓSCAR.- Un poco. ¿Quieres probarlas?

SILVIO.- No, gracias. Siento una cosa en el estómago... No debía haber tomado ni el pastel ni el champagne.

(**Revolviendo entre las medicinas de la chimenea.**)

ÓSCAR.- ¿Qué buscas?

SILVIO.- Las pastillas de los ácidos.

ÓSCAR.- Espera un poco. A veces se pasa solo.

SILVIO.- No, no, más vale prevenir que curar. (**Se toma una.**) Es una lata tener que vivir siempre así.

ÓSCAR.- A todo se acostumbra uno. Seguro de que si nos faltaran (**señala a las medicinas.**) es cuando nos íbamos a morir de verdad.

SILVIO.- Tienes mucha razón. Solamente con verlas ahí tan colocaditas, se le curan a uno todas las enfermedades.

ÓSCAR.- ¿Te has fijado lo atractivas que son?

SILVIO.- Y con esos estuches tan bonitos.

ÓSCAR.- (**Mirando a las fotografías.**) Quién no se envenena a gusto.

SILVIO.- Si las hubieran tenido ellos, a estas horas estarían vivitos y coleando.

ÓSCAR.- Pero ¿cómo iba a colear nuestra tía, si tendría ahora ciento diez años?

SILVIO.- Pero ¿Qué dices? Era la mayor de todos y no tendría más de noventa y siete.

ÓSCAR.- El mayor era tío Jaime.

SILVIO.- Te digo que era tía Elena.

ÓSCAR.- (**Alzando la voz.**) ¡El mayor era tío Jaime!

SILVIO.- (**Alzando la voz más fuerte.**) ¡Y yo te digo que era tía Elena!

ÓSCAR.- (**Ídem.**) ¡Y yo te digo que era tío Jaime!

SILVIO.- (**Ídem.**) ¡Y yo te digo que era tía Elena!

ÓSCAR.- (**Ídem.**) Y yo te digo...

SILVIO.- (**Cortándole.**) ¡Basta! Y no me alces la voz.

ÓSCAR.- Perdona, pero tío Jaime...

SILVIO.- ¡He dicho que basta! Se acabó la cuestión.

(**Los dos dan prueba de estar fatigados.**)

ÓSCAR.- (Después de una pausa.) Creo que me empieza a fallar la memoria.

SILVIO.- Hay unas pastillas para eso que son muy buenas. (Las busca entre las medicinas.) Tómame una.

ÓSCAR.- ¿Después de las gotas? No me atrevo.

SILVIO.- Si no pasa nada. Yo empecé a tomarlas cuando la venta del negocio, no fuera a ser que me olvidara de alguna cosa.

ÓSCAR.- ¿Y te fueron bien?

SILVIO.- Mejor que bien. Recuerdo hasta el día de mi Primera Comunión como si fuera ayer.

ÓSCAR.- Pues de eso hace ya tiempo.

SILVIO.- Sesenta y un años. La hice con ocho recién cumplidos.

Y ¿a qué no sabes con lo que se les obsequió a los invitados?

ÓSCAR.- Con chocolate.

SILVIO.- Exacto, pero no solo.

ÓSCAR.- Con suizos.

SILVIO.- Con picatostes. (Recordando.) Qué ricos los hacía Ágata.

¿Te acuerdas de Ágata, la criada?

ÓSCAR.- Cómo me voy a acordar de Ágata, si cuando murió yo no había nacido ni tú tampoco.

SILVIO.- Yo sí.

ÓSCAR.- Tú no.

SILVIO.- Yo sí.

ÓSCAR.- Tú no.

(Han vuelto a levantar la voz.)

SILVIO.- ¿Ya estamos como antes?

ÓSCAR.- Es que dices unas cosas...

(El reloj da las nueve.)

Las nueve.

SILVIO.- La hora de acostarse. ¿Quieres un vaso de leche?

ÓSCAR.- No, gracias. Con el pastel y el champagne ya he cenado. ¿Y tú?

SILVIO.- Tampoco. Me siento hiposo. (**Saca de un bolsillo un rosario y comienzan a rezar.**) Primer misterio. Los dolores de la Virgen. Padre Nuestro que estás en los cielos...

(**Oscuro.**)

Cuadro II

SILVIO pasea impaciente por la habitación. Entra ÓSCAR.

ÓSCAR.- Parece que se retrasa el Doctor.

SILVIO.- No es que lo parece, es que se retrasa. (**Consulta el reloj.**) Pasan tres minutos de la hora prevista.

ÓSCAR.- El mes pasado fue puntual.

SILVIO.- Muy puntual.

ÓSCAR.- (**Viendo que su hermano está nervioso.**) Me estoy empezando a poner nervioso también yo.

SILVIO.- Yo lo estoy haciendo.

ÓSCAR.- Ya te veo, ya. No paras ni un instante de pasear.

SILVIO.- Como que si tarda cinco minutos más, me voy a tener que tomar un tranquilizante.

ÓSCAR.- La gente ha perdido el sentido de la puntualidad.

SILVIO.- ¡Yo diría que ha perdido todos los sentidos, no sólo el de la puntualidad! (**Estomuda.**)

ÓSCAR.- (**Alarmado.**) ¿Estás constipado?

SILVIO.- Creo que sí. Y ha sido ahora mismo, cuando venía por el pasillo. ¡Esa maldita de Amelia! Siempre tiene que tener las ventanas abiertas.

ÓSCAR.- ¡Pues eso sí que no! Aquí no se abre una ventana hasta que tú lo mandes, para eso eres el mayor y el que está más enfermo.

SILVIO.- Pues anda que tú...

ÓSCAR.- (**Llamando.**) ¡Amelia!... ¡Amelia!...

(**No responde nadie. Más fuerte.**)

¡Amelia!...

AMELIA.- (**Entrando.**) ¿Me llamaba, señorito?

SILVIO.- Y con unas voces que las ha tenido que oír en la casa de enfrente.

AMELIA.- Estaba limpiando el comedor y como lo tengo todo abierto...

ÓSCAR.- Para eso la llamo, para que lo cierres inmediatamente.

Mi hermano se está constipando por momentos.

AMELIA.- Pero ¿cómo quiere que cierre el balcón con el polvo que se levanta?

SILVIO.- ¡Obedezca a mi hermano!

AMELIA.- Pero si no se mueve un papel.

SILVIO.- Se mueva o no eso no es cuenta suya. Haga lo que se le ordena y punto en boca.

AMELIA.- Y que quiere ¿qué me trague el polvo y o solita? Si lo repartimos ente los tres tocamos a menos.

SILVIO.- Con el polvo no se ahoga nadie.

AMELIA.- (**Con marcada intención.**) Según con qué polvo... Desde luego con el que yo me sé no.

ÓSCAR.- Vamos, rápido, rápido.

(**SILVIO vuelve a estornudar.**)

¿Lo está usted viendo?

AMELIA.- Y oyendo también.

ÓSCAR.- (**Autoritario.**) Vamos, haga lo que se la ha ordenado.

AMELIA.- Ya voy. (**Para sí.**) En tal caso cerraré la puerta (**Vase.**)

SILVIO.- ¡Esta mujer es una condenación!

ÓSCAR.- Quería ver al santo Job qué hacía con ella. (**Se acerca al espejo y se mira la lengua.**) Parece que está blanca.

SILVIO.- ¿Te has visto la cara?

ÓSCAR.- ¿Qué le pasa a mi cara?

SILVIO.- Tienes unas ojeras que no me gustan nada.

ÓSCAR.- (**En tono enfadado.**) ¿Y tú, cuando te has levantado has visto el color que tenía la tuya?

SILVIO.- No.

ÓSCAR.- Verde aceituna.

SILVIO.- Eso puede ser del constipado. (**Estornuda de nuevo.**)

ÓSCAR.- No, no, ese color lo da el hígado, que no te funciona bien.

SILVIO.- (**Alzando la voz.**) A mí el hígado me funciona mejor que a ti el estómago. (**Vuelve a estornudar.**) Como vuelva a estornudar otra vez, me meto en la cama.

ÓSCAR.- Ven, siéntate aquí.

SILVIO.- No. Junto al balcón, no. Entra mucho frío por las rendijas.

ÓSCAR.- Hay que decir a Amelia que llame al carpintero para que nos ponga burlete en todos los balcones y ventanas.

SILVIO.- Es una sabia medida.

ÓSCAR.- Hay que evitar las corrientes y en estas casas tan viejas ya se sabe.

SILVIO.- La casa tiene un año más que yo.

ÓSCAR.- ¿Y no te parece vieja?

SILVIO.- No.

ÓSCAR.- Mira como están los techos. Llenos de humedades.

SILVIO.- Eso fue cuando el vecino de arriba se dejó el grifo abierto.

ÓSCAR.- Teníamos que llamar a un pintor.

SILVIO.- ¡Pues no faltaba más! Eso se queda así para *secula seculorum*. Sólo faltaba que viniera un pintor y abriera los balcones de par en par.

ÓSCAR.- Podíamos hacerlo en verano.

SILVIO.- ¡Ni en verano ni en invierno! ¿Lo has oído bien?

ÓSCAR.- No muy bien. Debo tener un tapón de cera en este oído que me dificulta la audición.

SILVIO.- Ahora cuando venga el médico se lo dices.

ÓSCAR.- Si es que viene.

SILVIO.- Al paso que va pensará hacemos juntas las visitas de hoy y la del mes que viene. ¡Y eso sí que no! Por ahí no paso.

ÓSCAR.- Cálmate.

SILVIO.- ¿Qué te dijo cuando le llamaste por teléfono?

ÓSCAR.- Que vendría a la misma hora de siempre. Nos lleva visitando todos los meses desde hace diez años.

SILVIO.- (**Estornuda varias veces enseguida.**) Esto se pone grave. A ver si hay por ahí algún antiestamínico.

ÓSCAR.- No tomes nada hasta que no venga el doctor.
SILVIO.- ¿Y si no viene?
ÓSCAR.- Vendrá.
SILVIO.- Entonces ¿crees que debo esperar?
ÓSCAR.- Es lo más prudente.
SILVIO.- Como tarde diez minutos más, en lugar de pasarme la revisión, va a tener que certificar mi muerte. Cada vez me encuentro peor.
ÓSCAR.- Cuidado que eres aprensivo. (**Le pone la mano en la frente.**) ¡Ascuas!
SILVIO.- ¿Qué pasa?
ÓSCAR.- Juraría que tienes fiebre.
SILVIO.- Si ya lo decía yo. Me encuentro muy mal. A esa mujer la echo de esta casa ahora mismo. (**Hace intención de levantarse.**)
ÓSCAR.- ¡Quieto ahí!
SILVIO.- Con lo bien que estaba.
ÓSCAR.- Será un decir, porque tú no has estado bien nunca.
SILVIO.- ¡Mucho mejor que tú! Siempre quejándote. Pero haz algo. No te quedes parado.
ÓSCAR.- Es que cuando te veo enfermo me aturdo de una manera. Voy a llamar a Amelia que traiga una manta.
SILVIO.- Buena idea. Esa que compramos en Palencia, cuando fuimos a visitar a nuestra prima Susi.
ÓSCAR.- (**Triste.**) Que ojalá no hubiéramos ido.
SILVIO.- Pobrecilla. Murió a los quince días.
ÓSCAR.- (**Llamando.**) ¡Amelia!...
SILVIO.- Como no te compres un megáfono no te oye.
ÓSCAR.- (**Ídem.**) ¡Amelia!...
AMELIA.- (**Entrando.**) No me grite que no soy sorda.
ÓSCAR.- Pues lo parece.
AMELIA.- ¿Qué desea ahora?
ÓSCAR.- Traiga una manta para tapar al señor. Está muy constipado.
SILVIO.- La de Palencia.
AMELIA.- Caracoles, esta sí que es buena ¿pues no tengo que aprender geografía para traer una manta?
ÓSCAR.- Por una vez, haga lo que se la ordena.
AMELIA.- ¿Y cuando no hago lo que se me ordena? ¡Eh!
ÓSCAR.- Por favor...

AMELIA.- Ya voy, pero por si no lo saben, estamos a veintiséis grados centígrados de temperatura. En Canarias un grado menos.

ÓSCAR.- (**Nervioso.**) ¡Traiga la manta de una vez!

AMELIA.- Y yo que ya las había recogido... (**Vase.**)

ÓSCAR.- Has tenido mucha suerte de ponerte hoy malo.

SILVIO.- ¿Es que estoy bueno alguna vez?

ÓSCAR.- Bien mirado, no. Cada día que pasa estamos más achacosos.

SILVIO.- Es que ya vamos siendo muy viejos.

ÓSCAR.- ¿Hemos sido jóvenes alguna vez?

AMELIA.- (**Entra con la manta. Da prueba de que pesa mucho, amén de que es horriblemente fea y llamativa.**) ¡Aquí está la manta! Bueno no sólo la manta, sino Palencia y su provincia. Hay que ver lo que pesa la condenada.

ÓSCAR.- Ayúdeme a tapar al señor.

(**Lo tapan.**)

Y ahora a esperar tranquilito a que venga el médico.

AMELIA.- ¿Le caliento un vaso de leche con un poco de coñac?

SILVIO.- ¡No! Leche no. Eso fue lo que le produjo la muerte al pobre tío Benjamín. (**Señala su retrato.**)

AMELIA.- ¿Y no sería porque se echó más coñac que leche y se le perforó el estómago?

SILVIO.- (**Enfadado.**) ¡Sería lo que a usted no la importa!

ÓSCAR.- Hay que respetar la memoria de los muertos. Y ahora siga usted limpiando.

AMELIA.- (**A SILVIO.**) Y usted siga tosiendo que es su obligación. ¡Jesús, qué dos hermanitos! Son como para exhibirlos en una feria de muestras. (**Vase.**)

ÓSCAR.- (**Moviendo la cabeza.**) Es un poco burra, pero es una buena mujer.

SILVIO.- ¿Y tú qué entiendes por buena mujer?

ÓSCAR.- Hombre.. Que en el fondo es una buena persona y muy servicial.

SILVIO.- ¡Ah! Me habías alarmado. Por un momento pensé que te referías a sus atributos personales.

ÓSCAR.- (Como avergonzado.) Que cosas dices. Para mí las mujeres están de más.

SILVIO.- Y que lo sigan estando por los siglos de siglos si quieres vivir. **(Recordando.)** Si quieres hacerte centenario...

ÓSCAR.- (Terminando la frase.) Mira a la mujer en el confesionario. **(Ambos ríen.)** Lo decía mucho tío Agustín.

SILVIO.- Que en paz descanse.

ÓSCAR.- Murió a los treinta y tres años.

SILVIO.- En la flor de su vida.

ÓSCAR.- (Confidencial.) Según dicen, era un pirandón de mucho cuidado.

SILVIO.- ¡Mira bien lo que dices! El tío Agustín...

(No puede continuar porque en ese momento entra AMELIA seguida del DOCTOR. Es un hombre joven, de buen porte y físico agradable. Trae un maletín.)

AMELIA.- Aquí está el Doctor.

SILVIO y ÓSCAR.- (Sorprendidos.) ¡Eh! ¿Por dónde ha entrado?

AMELIA.- ¿Qué pregunta? Por donde va a entrar, por la puerta. Estaba limpiando el tramo de la escalera cuando llegó el Doctor, por eso no llamó al timbre.

SILVIO.- ¿Así que es usted el doctor?

DOCTOR.- Si Hipócrates no me jugó una mala pasada, sí.

ÓSCAR.- (Extrañado.) Es que...

SILVIO.- Así... de pronto.

DOCTOR.- Me lo figuraba. Ustedes esperaban al doctor Albiñana como siempre y les ha extrañado verme a mí. ¿No es eso?

SILVIO.- (Sin saber qué contestarle.) Pues...

DOCTOR.- Es natural.

(SILVIO hace a AMELIA una señal con la mano para que se vaya. Esta lo comprende y vase.)

Soy su ayudante.

ÓSCAR.- ¿El doctor Albiñana está enfermo?

DOCTOR.- No. Está en un Congreso en Estocolmo.

SILVIO.- ¿Y tardará muchos días en regresar?

DOCTOR.- Unos quince días más o menos.

ÓSCAR.- (**Mira a su hermano.**) Pues si te parece, podríamos esperar a que regrese.

SILVIO.- Sí, buena idea.

DOCTOR.- ¿Es qué no tienen fe?

SILVIO.- (**Ofendido.**) ¡Nosotros somos muy creyentes, señor mío!

DOCTOR.- He querido decir si no tienen fe en la juventud.

SILVIO.- La experiencia es muy importante en estos casos.

DOCTOR.- La experiencia se adquiere con el estudio, no con los años. Yo me he pasado veinticinco años de mi vida estudiando. Así que ¿quieren que les visite o no?

SILVIO.- (**A su hermano.**) Si el doctor Albiñana le ha tomado por su ayudante...

ÓSCAR.- No suele equivocarse.

DOCTOR.- ¡Qué calor hace aquí! Con un día tan espléndido y tener el balcón cerrado, es una ofensa a la Naturaleza. Además en esta habitación se respira un aire viciado y con mal olor.

ÓSCAR.- (**Como disculpándose.**) Es que la cocina está al lado, sabe.

DOCTOR.- (**Abre el balcón de par en par.**) Hace un día auténticamente primaveral. (**A SILVIO.**) ¿Tiene frío?

SILVIO.- Es que estoy algo constipado.

DOCTOR.- No es extraño con este calor. ¿El primero de ustedes?

SILVIO.- (**A su hermano.**) Sé tú.

ÓSCAR.- De ninguna manera. Tú eres el mayor.

SILVIO.- Y yo te cedo muy gustoso la primogenitura. Anda, anda, no hagas esperar al doctor.

ÓSCAR.- Como tú digas. (**Le indica el pasillo.**) Por aquí.

DOCTOR.- Aquí mismo puedo visitarle.

ÓSCAR.- No, aquí no.

DOCTOR.- ¿Por qué no?

SILVIO.- Como está el balcón abierto...

DOCTOR.- Y les pueden ver desde la casa de enfrente.

SILVIO.- No sólo eso, es que como hay tanta corriente puede coger una pulmonía.

DOCTOR.- (Sonriendo.) Entonces vamos donde usted diga.

ÓSCAR.- En mi habitación.

(Vanse.)

SILVIO.- (Cruzando las manos.) Dios mío, rezaré un Padrenuestro para que no le encuentre nada. Es mis pies y mis manos.

(Y comienza a rezar muy devotamente. Pausa larga. Entra AMELIA, que al ver el balcón abierto, no puede reprimir su asombro.)

AMELIA.- ¡Coño! ¿Pero si está el balcón abierto? No sé si estoy en mi sano juicio o viendo una película de cine mudo.

SILVIO.- ¡Chiss!

AMELIA.- No habla porque no vaya a ser que coja unas anginas infecciosas.

SILVIO.- ¡Chiss!

AMELIA.- Sí, ya me callo. **(Le observa detenidamente.)** ¿Qué mascullará el buen hombre?

SILVIO.- Dios te salve María...

AMELIA.- Pero bueno, esto es una casa o la parroquia de San Giliberto, que entre otras cosas no sé si existe ese santo.

SILVIO.- (Enérgico.) ¿Quiere callarse de una vez?

AMELIA.- Ya se lo diré después, porque con eso del rosarito tiene para rato. **(Vase.)**

SILVIO.- (Da por terminados sus rezos. Con temor se acerca al balcón.) Efectivamente, hace un bonito día. **(Duda si asomarse o no, al fin se decide.)** Cuántos años que no me asomaba a este balcón. Diez. Tal vez quince... No lo recuerdo. **(Con nostalgia.)** ¡Cómo ha cambiado todo! Recuerdo que desde aquí se veían los árboles del parque y ahora sólo se ven edificios altos, antenas de televisión y coches, muchos coches. ¿Y a esto lo llaman progreso? ¿Civilización? ¡A esto le debían llamar muerte!

ÓSCAR.- (Entrando.) El doctor te espera en mi cuarto.

SILVIO.- (Impaciente.) ¿Qué te ha dicho?

ÓSCAR.- Que estoy más sano que una manzana.

SILVIO.- Y los pulmones. ¿Qué te ha dicho de los pulmones?

ÓSCAR.- Que tengo dos como todo el mundo (**Se ríe.**)
No le hagas esperar.

SILVIO.- Verás como a mí me encuentra algo. (**Vase.**)

ÓSCAR.- Cuidado que es aprensivo.

(**Se acerca a los retratos de sus familiares difuntos y comienza a hablar con ellos.**)

Va a tardar mucho tiempo en figurar mi fotografía en este marquito, queridos familiares, mucho tiempo.

AMELIA.- (**Entrando.**) Señorito Óscar.

ÓSCAR.- (**No la oye. Imitando el monólogo de Hamlet.**) ¿Qué es la vida? ¿Qué es el mundo? (**A sus padres.**) Decídmelo vosotros que gozasteis de ella, en el buen sentido de la palabra. Os casasteis, tuvisteis hijos, fuisteis felices. Pero yo ¿qué sé yo lo que es vivir?

AMELIA.- Señorito Óscar.

ÓSCAR.- (**Asustado.**) ¡Eh!

AMELIA.- Soy yo.

ÓSCAR.- Ya sé que es usted, pero me he dado un susto de muerte y corazón no está para esta clase de sustos.

AMELIA.- Es que iba a decirle...

ÓSCAR.- Mejor es no decir nada.

AMELIA.- Anda leche, eso es de un a zarzuela.

ÓSCAR.- Sea de donde sea, es mejor que se lo diga a mi hermano.

AMELIA.- He venido a decírselo, pero estaba en las cuarenta horas.

ÓSCAR.- ¿Qué?

AMELIA.- Que estaba con el rosario en las manos y rezando.

ÓSCAR.- Seguro que sería para mí.

AMELIA.- Cualquiera sabe. Como su hermano reza por todo.

ÓSCAR.- (**Impaciente.**) ¡Cuánto tarda!

AMELIA.- Es meterme en donde no me llaman, pero ¿a usted qué le ha dicho el doctor ese?

ÓSCAR.- Que estoy perfectamente.

AMELIA.- Como que su enfermedad no es otra que melancolía.

ÓSCAR.- ¡Qué sabe usted de enfermedades!

AMELIA.- Nada, de enfermedades no sé nada, tiene usted razón, pero sé del mundo.

(Entra el DOCTOR.)

ÓSCAR.- ¿Cómo está mi hermano, doctor?

DOCTOR.- Bien. La tensión un poco descompensada, pero bien.

(Entra SILVIO. El DOCTOR se sienta en una mesita y extiende una receta, A SILVIO.)

Con estas píldoras estará como nuevo dentro de una semana.

SILVIO.- Y para el constipado ¿no me receta nada?

DOCTOR.- Sí, que tome aire puro. Salga a dar un paseo. Los pulmones necesitan renovar el oxígeno. (Se fija en las medicinas que hay encima de la chimenea.) ¿Qué hacen ahí todas esas medicinas?

SILVIO.- Nos la receta el doctor Albiñana.

DOCTOR.- (Con asombro.) ¿Todas?

ÓSCAR.- Todas.

DOCTOR.- ¿Y no se han envenenado?

SILVIO.- Ya ve que no.

DOCTOR.- Pues es un verdadero milagro. (A AMELIA.) ¿Tiene una bolsa?

AMELIA.- ¿Vale la de la basura?

DOCTOR.- Justo la que necesito.

(Vase AMELIA.)

SILVIO.- (Alarmado.) ¿Qué va usted a hacer?

DOCTOR.- Ahora lo verá.

ÓSCAR.- ¿No se le ocurrirá...?

DOCTOR.- Voy a hacer lo que piensan.

SILVIO.- (A su hermano con marcada angustia.) ¿Qué va a ser de nosotros ahora?

ÓSCAR.- Sólo con verlas nos sentíamos mejor.

DOCTOR.- Eso en medicina se llama sugestión.

AMELIA.- (Entrando.) Aquí tiene la bolsa.

SILVIO.- ¡Es un crimen lo que va a hacer!

(El DOCTOR echa las medicinas en la bolsa.)

DOCTOR.- (A AMELIA.) Puede tirarlas.

ÓSCAR.- ¿No sería mejor dárselas a la Parroquia?

DOCTOR.- ¿Para que las tiren ellos? La mayoría están pasadas de fecha. Y ahora si ustedes me disculpan...

SILVIO.- No faltaba más.

ÓSCAR.- (Para sí.) Después de hecho el crimen.

SILVIO.- Entonces hasta el mes que viene.

DOCTOR.- No es necesario. Si algo necesitan, vayan a la consulta.

SILVIO.- ¿Es que no necesitamos ninguna medicina?

DOCTOR.- Absolutamente ninguna. Lo que ustedes necesitan es cambiar de vida. Adiós.

SILVIO.- Adiós, doctor. (A AMELIA.) Acompañe al doctor.

(Vanse el DOCTOR y AMELIA.)

ÓSCAR.- Ya lo has oído. La única medicina es cambiar de vida.

SILVIO.- Buen médico del agua está hecho.

ÓSCAR.- ¿Y si lo probamos? A lo mejor tiene razón.

SILVIO.- Pero ¿Te has vuelto loco? (Señala los retratos.) ¿Qué quieres? Acabar como ellos en dos meses.

ÓSCAR.- El consejo de un médico siempre es importante.

SILVIO.- ¡No digas disparates!

ÓSCAR.- Al médico hay que hacerle tanto caso como al confesor. (Cambiando de tono.) Deberíamos probar, aunque sólo sea por una vez. Nos quedan pocos años de vida y nos vamos a ir de este mundo sin pena ni gloria.

SILVIO.- Pero mira que eres testarudo. ¿No has oído que vamos por la consulta?

ÓSCAR.- Sólo en caso de que lo necesitemos.

SILVIO.- Pues claro que lo vamos a necesitar y antes de lo que te piensas.

ÓSCAR.- Serás tú, porque yo me encuentro en plena forma.

SILVIO.- Y tú también.

ÓSCAR.- ¿Yo?

SILVIO.- Sí, tú. Verás qué poco te dura esa euforia, cuando mires a la chimenea y no veas las medicinas.

ÓSCAR.- (Pensativo.) Tienes razón. No había caído en la cuenta.

(Rápido cae el telón.)

FIN DEL ACTO I

Acto II

Cuadro III

Han pasado varios meses desde que finalizó el acto anterior. Nadie en escena. Transcurridos unos instantes, entra ÓSCAR en mangas de camisa y con un frasco de colonia en la mano.

No parece el mismo que conocimos en el acto anterior. Jovial y alegre. Canturrea alguna canción.

ÓSCAR.- (Buscando por todas partes.) ¿Dónde habré puesto la corbata?

(Sigue buscando. Entra AMELIA con una corbata en la mano.)

AMELIA.- ¿Se puede saber qué busca?

ÓSCAR.- La corbata azul. No sé dónde la he dejado.

AMELIA.- ¿Es esta, por casualidad?

ÓSCAR.- La misma. ¿Dónde estaba?

AMELIA.- ¿Dónde quiere que esté?, en el corbatero con las otras.

ÓSCAR.- No la he visto.

AMELIA.- Pues eso sí que es difícil, si no llegan a media docena las que hay. Claro que como en estos últimos meses no se ha puesto ninguna.

ÓSCAR.- No me iba a poner corbata para estar en casa.

AMELIA.- Eso es natural, pero el señorito no sólo se pone corbata sino que se perfuma.

ÓSCAR.- ¿Qué tiene de malo que me perfume?

AMELIA.- De malo nada.

ÓSCAR.- Me gusta oler bien.

AMELIA.- (Con intención pícaro.) ¿Es guapa?

ÓSCAR.- ¿Quién?

AMELIA.- Quién va a ser... Una es de pueblo, pero no tonta. Como que usted se iba a acicalar tanto si fuera sólo a dar un paseo.

ÓSCAR.- (Socarronamente.) ¡Mujer tenía que ser!

AMELIA.- No, si hace usted bien. Dios que es tan listo, creó al hombre para goce de la mujer. Bueno de algunas mujeres, porque de otras se olvidó por completo.

ÓSCAR.- (Que ha terminado de arreglarse.) ¿Qué tal estoy?

AMELIA.- Talmente hecho un figurín. ¡Quién le ha visto y quién le ve! No parece usted el mismo. Lo que hacen unas faldas...

(Entra SILVIO. Nada ha cambiado su personalidad, salvo su cara y su cada vez más agrio carácter.)

SILVIO.- (A AMELIA.) ¿Qué decir de faldas?

AMELIA.- (Sin saber qué responder.) Que me la enganché con el arcón del pasillo.

SILVIO.- (Por el frasco de colonia.) ¿Qué hace ese frasco ahí? Detesto ver las cosas fuera de su sitio.

ÓSCAR.- Me estaba dando una fricción de colonia cuando sonó el teléfono y vine a cogerlo.

AMELIA.- Para eso está Amelia. Además, yo no he oído sonar el teléfono.

ÓSCAR.- Pues sonó.

SILVIO.- ¿Y quién era?

ÓSCAR.- Una equivocación. (Coge el frasco.) Voy a llevarlo al cuarto de baño.

AMELIA.- Deje, yo lo llevaré. (Vase.)

ÓSCAR.- Si no quieres nada.

SILVIO.- ¡Claro que quiero! No comprendo para qué te perfumas y te pones el traje nuevo para dar una vuelta. ¿A qué obedece? ¡Di! Pero sin rodeos, derecho y al grano.

ÓSCAR.- (Que no sabe como empezar.) Pues...

SILVIO.- Pues... pues... pues... ¡Nada de pues! ¿Es que no sabes decir otra cosa? (Breve pausa.) Mira Óscar, no trates de disimular. A nuestros años es absurdo los disimulos.

Te pido de una vez que me digas la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

ÓSCAR.- Más que mi hermano pareces un juez. (Levanta su mano como si se tratara de un juramento.) ¡Lo juro!

SILVIO.- (Se acomoda en uno de los sillones, dispuesto a escuchar lo que su hermano le diga.) Puedes empezar.

ÓSCAR.- (No sabe cómo comenzar el relato. De pronto su rostro se ilumina. Una idea feliz para salir de tal compromiso se le ha cruzado por la cabeza.) Verás... Hace unos días estuve en la consulta del doctor Albiñana.

SILVIO.- (Alarmado.) ¿Has ido a ver al doctor Albiñana y no me has dicho nada? (Dando muestras de preocupación.) ¿Qué tienes?

ÓSCAR.- Nada.

SILVIO.- No me engañes. Recuerda que estás bajo juramento.

ÓSCAR.- Tranquilízate. No tengo nada importante.

SILVIO.- Sin importancia no va uno ver al médico. ¡Dime la verdad!

ÓSCAR.- Está bien. (Se sienta a su lado.) La otra mañana paseando por el parque, sentí como un pequeño mareo, cosa de instes. Entonces pensé que lo mejor sería y a que estaba cerca de su casa, hacer una visita al doctor.

SILVIO.- ¿Y qué te dijo?

ÓSCAR.- Que podría tratarse de la circulación. Me recetó otras gotas y que sobre todo no dejara de pasear todos los días un par de horas.

SILVIO.- ¿Y para dar un paseo te arreglas tanto?

ÓSCAR.- Ya sabes como soy. Siempre me ha gustado ir bien.

SILVIO.- Una cosa es ir decentemente y otra muy distinta es lo que tú haces. Te perfumas, te pones el traje nuevo...

ÓSCAR.- Pero si este traje tiene seis años.

SILVIO.- ¡Eso no es cierto! Te lo hiciste para la boda de tu ahijada hace dos años.

ÓSCAR.- Pues yo juraría que hacía seis.

SILVIO.- Te va fallando la memoria. (Pausa.) La verdad es que me tienes confundido. No veo claro nada de lo que me estás diciendo. Te has pasado de no salir de casa a no entrar en ella.

ÓSCAR.- No exageres. Dos horas nada más al día. **(Señala el reloj de pulsera.)** Omega y yo somos muy buenos amigos.

SILVIO.- Menos ayer.

ÓSCAR.- ¿Qué pasó ayer?

SILVIO.- Que te entretuviste más de la cuenta. Tu paseo exactamente duró tres horas y cuarenta y cinco minutos.

ÓSCAR.- **(Sin saber cómo disimular.)** Es que me encontré a...

SILVIO.- **(Cortándole.)** ¡No te encontraste a nadie! Siempre hemos estado encerrados entre estas cuatro paredes, lo que quiere decir que no tenemos amigos, así que no trates de engañarme. **(Cambiando de tono.)** La vejez Óscar, es la edad más peligrosa del hombre. ¿Y sabes por qué? Porque ya no se tienen ilusiones que motiven nuestra vida.

ÓSCAR.- **(Sin poder seguir fingiendo más.)** Yo he encontrado esa ilusión.

SILVIO.- **(Que no comprende nada de lo que le dice su hermano.)** ¿Qué quieres decir?

ÓSCAR.- La verdad.

SILVIO.- No olvides...

ÓSCAR.- **(Cortándole.)** Sí, ya lo sé. Estoy bajo juramento.

SILVIO.- ¡Desembucha de una vez!

ÓSCAR.- **(Con decisión.)** Que me caso.

SILVIO.- He oído bien. ¿Casarte? Con quién. ¿Con la muerte? **(Paseo nervioso por la habitación.)** Por vida de... ¡Imbécil! Sí, imbécil. ¿Pero no ves que es una locura?

ÓSCAR.- ¿Qué malo hay en que me case?

SILVIO.- ¿Y tú me haces esa pregunta? ¡Háztela a tí mismo! A tus años y con una salud...

ÓSCAR.- **(Sin dejarle acabar.)** ¡De hierro! Me lo dijo el doctor el otro día. ¿Por qué crees que fui a verle?

SILVIO.- Porque te había dado el mareo.

ÓSCAR.- Eso fue una excusa. Fui a verle para que me hiciera un chequeo antes de la boda. Y ¿sabes lo que me dijo? Usted nos va a enterrar a todos.

SILVIO.- **(Desesperado.)** ¡Insensato! Eso es lo que tú eres, un insensato. ¿Se puede saber quién es esa pobre idiota?

ÓSCAR.- (Alzando la voz.) ¡No te consiento que utilices esas expresiones, por la que dentro de poco va a ser tu cuñada y mi mujer!

SILVIO.- (Ídem.) ¡He dicho idiota?

ÓSCAR.- Sí.

SILVIO.- Pues bien dicho está.

(A las voces aparece AMELIA, que se queda en la puerta sin atreverse a entrar.)

Porque tiene que estar perturbada para cometer semejante atrocidad.

ÓSCAR.- (Alzando la voz más fuerte.) ¡Basta!

SILVIO.- (Ídem.) ¡No me alces la voz! (Reparando en AMELIA.)

¿Y usted qué hace ahí?

AMELIA.- Viendo el espectáculo.

SILVIO.- Pues ya se puede ir a la cocina a hacer compañía a las cacerolas.

AMELIA.- Como si allí no se oyeran las voces. En esta casa nunca se ha oído una voz más alta que otra. Como cambian los tiempos.

(Vase. Pausa larga.)

SILVIO.- (Más calmado.) Si crees que voy a arrepentirme de lo que te he dicho estás muy equivocado. Nadie en sano juicio y en plenas facultades mentales, cometería tal desatino.

ÓSCAR.- (Ídem.) ¿A ti te lo parece?

SILVIO.- Claro que me lo parece.

ÓSCAR.- Cuando la conozcas, cambiarás de opinión. ¡Es una mujer maravillosa!

SILVIO.- Pues por muy maravillosa que sea, no deja de ser idiota. Y tú sabiendo a lo que te expones, más. Lo más grande que Dios nos ha dado y tú quieres acabar con ella.

ÓSCAR.- Para vivir como hasta ahora, qué importa la muerte antes o después.

SILVIO.- Esa mujer te ha cambiado hasta la manera de pensar.

ÓSCAR.- ¿Y no tengo razón? A mi edad todavía me gustan las mujeres. Me atraen.

SILVIO.- Como te puede atraer un gato o cualquier otro animalito que te distraiga en las horas de aburrimiento.

ÓSCAR.- Y deseo. Y después de saber que estoy en plena forma, más.

SILVIO.- Eso habrá que verlo dentro de un par de meses. Los médicos saben que los enfermos que no tienen a su lado ni a mujeres ni amigos que les atormenten, sobreviven a los casos más desesperados.

ÓSCAR.- Vaya frase ¿Se te ha ocurrido a ti?

SILVIO.- No, se le ocurrió a Lord Byron hace muchos años.

ÓSCAR.- No me extraña. Según dicen Lord Byron, no tenía muy buenas relaciones con las mujeres.

SILVIO.- Majaderías...

ÓSCAR.- Cuando el río suena...

SILVIO.- **(Dirigiéndose a los retratos.)** ¿Qué dirían nuestros antepasados si se enteraran de esto?

ÓSCAR.- A lo mejor me felicitaban.

SILVIO.- Más respeto a los muertos. En esa pared...

ÓSCAR.- **(Sin dejarle acabar.)** Que más que una pared, parece un panteón familiar.

SILVIO.- **(Señalando a uno de los cuadros vacíos.)** Te veré muy pronto en este marco.

ÓSCAR.- No, en ese no, en el de la derecha.

SILVIO.- ¡Qué más da uno que otro!

ÓSCAR.- ¿Has olvidado que soy monárquico?

SILVIO.- ¡La muerte no entiende de ideologías!

(Oscuro.)

Cuadro IV

**Quince días después del cuadro anterior. En escena
AMELIA habla por teléfono.**

AMELIA.- Claro que sigo en el Panteón de Hombres Ilustres, a ver dónde voy a ir después de tantos años. **(Pausa.)** En el fondo son buenas personas. **(Pausa.)** Y sobre todo muy educados. La mandan a una a la cocina, pero eso sí, con mucha educación. **(Pausa.)** No te puedes

figurar en lo que se ha convertido esta casa, sobre todo desde que el señorito Óscar le dijo a su hermano que se casaba. Esto más que una casa, parece las Naciones Unidas. Se pasan la vida discutiendo los dos hermanos. Con lo bien que se llevaban... Pero qué quieres, hija, el mundo es así, cuando menos te lo esperas te salen cantando por soleares, claro que al señorito Silvio le va mucho mejor el gori gori. **(Pausa.)** Sí, mujer... Les vi en el parque la otra mañana haciendo manitas. Bueno sólo vi las de ella, porque las del señorito Óscar, no aparecían por ninguna parte. **(Pausa.)** Como si tuvieran ahora quince años. **(Pausa.)** Bastante más joven que él. Yo calculo que le debe llevar unos veintitantos años. Pero no se le puede negar que ha tenido gusto. **(Pausa.)** Es muy parecida a esas que salen en las revistas del corazón, pero con ropa. **(Con admiración.)** Un bombón, lo que se dice un bombón. **(Suena el timbre de la puerta.)** Te dejo. Están llamando a la puerta. Ya te llamaré. Adiós.

(Cuelga el teléfono y vase. Al poco entran ÓSCAR, MÓNICA y AMELIA. ÓSCAR viste un traje de verano color beige. Lo que AMELIA decía a su amiga por teléfono respecto a MÓNICA, podemos comprobarlo personalmente. No exageró para nada en su descripción. Alta, rubia, con cuerpo de modelo, lo que quiere decir de una gentil y esbelta figura. Representa de treinta y cinco a cuarenta años, llevados con una gran prestancia. Su voz es dulce y sus ademanes muy femeninos.)

ÓSCAR.- ¿Está sola?

AMELIA.- Sí, señorito, Su hermano salió un momento al Banco, pero no tardará en volver.

ÓSCAR.- **(Abre el balcón.)** ¡Qué calor hace aquí! Mi hermano sigue con su manía de no abrir el balcón. **(A MÓNICA.)** Ven, asómate. **(MÓNICA obedece.)** Antes las vistas eran mucho más bonitas.

AMELIA.- ¿Y usted qué sabe? Si siempre le tenían cerrado.

MÓNICA.- **(Curioseando la habitación.)** Esta habitación parece un santuario.

AMELIA.- Si lo dice por los retratos puede.

MÓNICA.- De verdad que estoy impresionada.

AMELIA.- No me extraña.

MÓNICA.- (Fijándose en un jarrón.) Precioso jarrón. (Lo coge.) ¿De Sebres?

ÓSCAR.- No, de Sajonia.

MÓNICA.- (Coge una figurita que hay encima de la biblioteca.) ¡Qué figura más maravillosa! ¿Porcelana?

ÓSCAR.- De Biscuit.

MÓNICA.- Y este reloj. Es una joya. Con lo que a mí me gustan los relojes. Y funciona.

AMELIA.- El único reloj parado es el del señorito Silvio.

ÓSCAR.- Este reloj perteneció al fundador de la dinastía. (Le señala.)

AMELIA.- Que en paz descanse.

MÓNICA.- ¿Y qué me dices de esta cornucopia? Es preciosa. Jamás he visto otra igual. (Se acerca a los retratos.) ¿Quiénes son?

ÓSCAR.- Mis antepasados.

MÓNICA.- (Fijándose en las fechas de su muerte.) Murieron muy jóvenes.

ÓSCAR.- (La señala en el marco.) Por culpa de tía Elena. Cogió la tuberculosis y ya ves, se cargó a toda la familia.

MÓNICA.- ¡Qué barbaridad! ¿Y por qué tenéis puestas las fotografías?

ÓSCAR.- Capricho de mi hermano. Guarda un culto especial a la familia.

MÓNICA.- Ya se ve.

ÓSCAR.- ¿Estás nerviosa?

MÓNICA.- Un poco. No es para menos.

ÓSCAR.- Mientrastanto te voy a enseñar la casa.

(Vanse.)

AMELIA.- (Santiguándose.) Ave María Purísima. A otra que veo en la pared.

(Pausa larga. Vuelven ÓSCAR y MÓNICA.)

MÓNICA.- La casa es vieja, pero bien arreglada...

AMELIA.- Esta casa es patrimonio artístico. No hay quién toque un ladrillo. Bueno se pondría el señorito Silvio. No quiere poner un baldosín que está roto en el pasillo, porque dice que en él pisaron sus padres.

(Se oye el cerrar la puerta de la calle.)

Ahí está.

(Se apresura a cerrar el balcón y vase. Entra SILVIO.
Viste un traje de invierno. No ve a nadie.)

SILVIO.- Menos mal que hasta el mes que viene no tengo que volver al banco. Cada día odio más la calle. No sé cómo hay gente que les gusta pasear. (**Repara en su hermano.**) Hola, Óscar. (**Por MÓNICA.**) ¿Quién es esta mujer?

ÓSCAR.- Mi prometida.

MÓNICA.- Sentía curiosidad por conocerte, aunque tu hermano me ha hablado mucho de ti. Dame un beso.

(SILVIO ni siquiera hace intención de besarla.)

En ese caso te lo daré yo.

(SILVIO rehúye.)

Espero que seamos buenos amigos tú y yo.

SILVIO.- (**Frío y distante.**) No tenemos confianza en besarnos y menos para tutearnos.

MÓNICA.- ¿Te parece poca confianza la del parentesco? O ¿es que voy a tener que llamar de usted a mi cuñado?

SILVIO.- Tengo por norma no tutear a nadie con la que antes no haya cruzado una sola palabra. Cuestión de principios.

ÓSCAR.- Pero en este caso es diferente. Va a ser mi mujer.

SILVIO.- De todos modos no voy a cambiar de idea.

MÓNICA.- Está bien. Al fin y al cabo lo del tuteo es lo de menos.

ÓSCAR.- (**Reconciliador.**) No te enfades, hermano. Verás qué felices vamos a ser los tres.

SILVIO.- ¿Cómo los tres?

ÓSCAR.- Mónica, tú y yo.

SILVIO.- Hablemos claro. ¿No pensaréis quedaros en esta casa?

MÓNICA.- Podíamos...

SILVIO.- (A MÓNICA.) ¡Usted haga el favor de callarse! Estoy hablando con mi hermano. Los días que me queden de vida quiero estar tranquilo.

ÓSCAR.- La casa, como hermano mayor y soltero te pertenece. Lo demás lo repartiremos a partes iguales.

SILVIO.- ¡De aquí no sacas ni un libro!

ÓSCAR.- ¡Eso ya lo veremos! (Da un fuerte golpe en la mesa.)

SILVIO.- ¡Eso ya está visto! Ni un libro. En cuanto al dinero y a los retratos...

ÓSCAR.- Los retratos están bien donde están. Sería una crueldad separar a nuestros padres en la muerte, con lo unidos que estuvieron en vida.

MÓNICA.- En su corta vida habrás querido decir.

SILVIO.- Le ruego señorita, que salga de esta casa inmediatamente.

ÓSCAR.- Y yo te ruego que midas tus palabras. Hasta ahora te he obedecido en todo. De ahora en adelante, no pienso hacerlo. Me has tenido engañado durante muchos años, por miedo a enfrentarte con el mundo tal y como es, por tu egoísta cobardía haciéndome creer que estábamos enfermos, para que no perturbara esa vida que te habías propuesto para tu comodidad. Pero ya ves, también las montañas se derrumban cuando menos lo esperas. Necesitabas tener a alguien que sintiera compasión por ti, que te acompañara en tu soledad y así ser feliz. Gracias a ella (Por MÓNICA.) me he dado cuenta de quién eres.

SILVIO.- (A MÓNICA.) ¿Qué sabe usted de mí?

ÓSCAR.- Nada, ella no sabe nada, pero me ha descubierto un mundo nuevo, que tú hacías lo posible para ocultármelo. Mi querido hermano... El hombre bueno... (Con rabia.) ¡Farsante!

MÓNICA.- Déjalo. No discutáis por mí.

ÓSCAR.- (A MÓNICA.) No quiero perderte.

MÓNICA.- Y quién ha hablado de perderme.

SILVIO.- ¡Váyase!

ÓSCAR.- ¡No quiero volver a verte más! Ni en la hora de mi muerte.

SILVIO.- Que será pronto. (Señalando el marco.) Ahí tienes el marco esperándote.

(Oscuro.)

Cuadro V

Ha transcurrido un año del cuadro anterior. SILVIO, rigurosamente vestido de negro, pero con cierto descuido, da muestras de estar deshecho espiritualmente y muy afectado.

AMELIA le acompaña en silencio.

SILVIO.- (Terminando de colocar la fotografía del hermano muerto en el marco.) ¡Querías vivir una vida de gozo y sólo te ha durado un año! ¡Estarás satisfecho! Todo cuanto deseabas se ha cumplido. Pero la muerte que la creías lejana, ha llamado a tu puerta antes que a la mía.

(Pausa.)

¡Insensato! ¡Loco! Porque eso es lo que fuiste, un loco.

AMELIA.- Quería al señorito Óscar como a un hijo mío.

SILVIO.- ¿No es usted soltera?

AMELIA.- Por muchos años y bien a mi pesar no crea.

SILVIO.- Entonces ¿cómo puede saber qué clase de cariño se le tiene a un hijo?

AMELIA.- Es un decir. **(Saca un pañuelo y se limpia unas lágrimas.)**

SILVIO.- Y todo por culpa de esa mujer.

AMELIA.- No la culpe. Le ha hecho feliz el último año de su vida.

SILVIO.- Ella y sólo ella.

AMELIA.- También usted ha tenido parte de culpa.

SILVIO.- ¿Qué yo...?

AMELIA.- Sí, usted. **(Breve pausa.)** ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué le hizo creer que estaba enfermo? Cuando ni él ni usted lo han estado nunca.

SILVIO.- ¡A usted que la importa!

AMELIA.- Más de lo que se cree. Llevo muchos años en esta casa y les he tomado ley. La muerte del señorito Óscar, ha sido como si algo mío se hubiera ido para siempre.

SILVIO.- (Se deja caer en un sillón, dando clara muestras de abatimiento y cansancio.) Aunque no volví

a verle desde que se casó, le sentía cerca de mí. A veces parecía como si estuviera ahí sentado, esperando la hora de tomarse su medicina o rezando el rosario por las noches antes de acostarnos. **(Con voz trémula.)** Siempre juntos.

(Breve pausa.)

Ahora que la muerte nos ha separado para siempre, mi vida ya no tiene sentido, ya no me importa nada. Jamás podré llenar el vacío que ha dejado en mi alma su ausencia.

AMELIA.- No diga eso. El tiempo todo lo borra.

SILVIO.- Ojalá le siga pronto.

AMELIA.- (En tono maternal.) Calle, por Dios. Usted tan cristiano y llama a la muerte a voces. **(Le coge cariñosamente las manos.)**

SILVIO.- Que venga cuanto antes.

AMELIA.- Pero ¿qué le pasa? **(Le toca la frente.)** Está usted ardiendo. Voy a llamar al doctor.

SILVIO.- (Deteniéndola.) No, ya no necesito a ningún doctor.

AMELIA.- Le pondré unos paños de agua fría. **(Vase.)**

SILVIO.- (Después de una pausa, se dirige al retrato de su hermano.) Nos ha matado a los dos... a los dos...

AMELIA.- (Entra trayendo una jofaina con agua fría. Empapa un paño y se lo pone en la frente.) Esto le aliviará mientras viene el doctor.

SILVIO.- ¡Ya le he dicho que no quiero a ningún doctor!

AMELIA.- Le voy a llamar quiera o no. **(Le cambia el paño.)** Y no siga atormentándose. Lo hecho, hecho está.

(Se dirige al teléfono y comienza a marcar un número, pero sólo marca dos o tres cifras, porque el timbre de la puerta comienza a sonar insistentemente.)

Vaya hombre. ¿Quién será ahora?

(Cuelga el teléfono y vase. Al poco vuelve seguida de MÓNICA.)

Su cuñada.

SILVIO.- (Se quita el paño de la frente y se pone en pie.) ¡Qué desea!

MÓNICA.- ¿Se puede pasar? (**SILVIO no contesta.**) Como Mahoma no va a la montaña... (**Le va a dar un beso, pero se detiene.**) Perdona.

SILVIO.- ¡No!

MÓNICA.- Ya no me acordaba. (**Breve pausa.**) Es extraño tu comportamiento tan poco cariñoso con tu cuñada.

SILVIO.- Ni el tuteo, ni los besos me han gustado nunca y menos en una advenediza como usted.

MÓNICA.- Soy la viuda de tu (**Rectificando.**) de su hermano, no lo olvide. Ni siquiera me ha ofrecido que me siente.

SILVIO.- (**Le indica con la mano que lo haga.**) Creo descubrir que su visita tiene otro fin, que el deseo de interesarse por mí.

MÓNICA.- ¿Por qué no iba a interesarme? Al fin y al cabo somos familia ¿no?

SILVIO.- (**Indicándola el retrato del hermano muerto.**) El último de mi familia está en ese retrato.

MÓNICA.- Yo también he sentido su muerte.

SILVIO.- ¡No blasfeme!

MÓNICA.- (**Repasando con la vista la habitación.**) Todo sigue igual que la primera vez que vine a esta casa.

SILVIO.- Todo no...

MÓNICA.- Sus padres tenían muy buen gusto. Es una casa museo. Ahora todas estas cosas te pertenecen a ti, digo a usted.

SILVIO.- ¡Absolutamente todo!

MÓNICA.- Tu hermano, digo su hermano, tendría también parte, supongo.

SILVIO.- Antes de casarse con usted, sí. Pero renunció voluntariamente. Por tanto soy el único heredero.

MÓNICA.- ¿Tu hermano, quiero decir su hermano, renunció a lo que por derecho propio le pertenecía?

SILVIO.- A todo.

MÓNICA.- Un gran altruismo por su parte, pero no por la mía.

SILVIO.- ¿Qué quiere decir?

MÓNICA.- Hablemos claro.

SILVIO.- (**A AMELIA.**) Déjenos solos, por favor.

MÓNICA.- No, puede quedarse. Lo que voy a decirle no es ningún secreto. (**Breve pausa.**) Si he venido esta tarde a esta casa no ha sido por interesarme por ti, digo

por usted, eso de nada me serviría, cuando ni siquiera se dignó asistir a nuestra boda, ni al entierro de su hermano.

SILVIO.- Entonces ¿a qué ha venido?

MÓNICA.- Muy sencillo, a reclamar lo que me corresponde de la herencia. Así de claro. **(Coge la figurita y la vuelve a dejar en su sitio. Hace lo mismo con el jarrón.)**

SILVIO.- ¡No le corresponde nada!

MÓNICA.- ¿Qué no?

SILVIO.- ¡Nada! Si quiere tener un recuerdo de mi hermano, puede llevarse lo que quiera, la figurita, el jarrón, pero nada más. ¿Lo oye? ¡Nada más!

MÓNICA.- La figurita... el jarrón... Bien poca cosa para una mujer que le ha hecho feliz sus últimos días. ¿Por qué sabe de lo que murió Óscar?

SILVIO.- No deseo saberlo.

MÓNICA - **(Con picaresca intención.)** Murió... de amor.

AMELIA.- **(Para sí.)** No me extraña. Lo cogió con tanto deseo.

SILVIO.- Esta casa ha sido mi mundo durante los años de mi vida y lo que hay aquí es de mi propiedad y no dejaré que nadie trate de quitármelo.

MÓNICA.- Con un jarrón de Sajonia o una simple figurita de Biscuit, me paga los servicios prestados a su hermano ¿no?

SILVIO.- Si continúa en ese tono, ni eso siquiera.

MÓNICA.- Me casé con su hermano legalmente y por la Iglesia.

SILVIO.- Sólo faltaba que se hubieran casado por el Juzgado.

MÓNICA.- Tanto si nos hubiéramos casado de una manera o de otra, tengo derecho a recibir la parte de la herencia que me corresponde y me otorga la ley. De lo contrario muéstreme el escrito en el que diga que Óscar renunció voluntariamente a su parte.

SILVIO.- No hubo tal escrito. Mi hermano era un hombre de palabra.

MÓNICA.- Las palabras se las lleva el viento.

AMELIA.- **(Para sí.)** Lo que es en esta casa ya es difícil.

MÓNICA.- Un viento que le ha dejado helado hasta los huesos.

SILVIO.- Ya le he dicho...

MÓNICA.- **(Cortándole.)** Nada. No me ha dicho nada.

SILVIO.- Si mi hermano levantara la cabeza...

MÓNICA.- Seguro que le parecería justo lo que reclamo. La felicidad a veces tiene un precio muy alto y ese es el que he venido a cobrar. ¿O es que piensa que una mujer, relativamente joven y bien parecida, el aguantar a un viejo maniático no vale nada?

SILVIO.- **(Con odio contenido.)** ¡Cínica! Salga de esta casa. ¡Fuera!

MÓNICA.- Eso es lo que iba a hacer.

SILVIO.- ¡Váyase!

MÓNICA.- Ya hemos hablado bastante. Uno de estos días vendré con mi abogado para hacer las particiones. Buenas tarde.

(AMELIA hace intención de acompañarla.)

No se moleste. Conozco el camino.

(Vase. Se oye cerrar la puerta de un portazo.)

AMELIA.- **(Sin poderse contener.)** Mala pécora. Hacerle esto a usted. Cómo me ha engañado la muy...

(SILVIO no sabe cómo reaccionar. Está anonadado, confuso.)

(Recriminándole.) Le está bien empleado. ¿Merecía la pena haber vivido así todos estos años, para que ahora una pelandusca se quiera aprovechar?

SILVIO.- **(Derrumbado y sin fuerzas se deja caer en el sillón.)** Déjeme sólo, se lo ruego.

AMELIA.- Estoy en la cocina si me necesita. **(Vase.)**

(Se hace un dramático silencio.)

SILVIO.- **(Mirando nuevamente el retrato de su hermano.)** No conforme con destruir tu vida, has destruido también la mía.

Pero no, esa zorra no se llevará nada de lo que hay aquí. Porque todo esto fue de los dos y ahora es mío, sólo mío. Mío.

AMELIA.- **(Entra.)** Voy un momento al Supermercado. Vuelvo enseguida. **(Vase.)**

(Pausa larga.)

SILVIO.- (Se levanta y busca algo en los cajones de los muebles sin encontrarlo.) Lo puse aquí. (Abre otro cajón con el mismo resultado.) Nada... Pero ¿dónde lo habré puesto? (Con desesperación.) ¿Dónde? (Va abriendo uno a uno varios cajones, hasta que por fin lo encuentra. Es un frasco pequeño conteniendo unas grageas.) ¡Por fin!

(Abre el frasco, saca unas cuantas y se las mete en la boca tragándose las. Después saca del bolsillo un manojito de llaves y vase hacia el interior de la casa. Se oye el ruido de cuantos objetos hay en la cocina al romperse, al tiempo que se ve un gran resplandor de llama y el humo que poco a poco va invadiendo la escena. Entra de nuevo, fijando su mirada atentamente en los retratos de sus familiares. Su voz es débil y difícil.)

¡Pronto estaremos juntos para siempre!

(Un terrible ahogo le va asfixiando, hasta hacerle caer sin vida debajo de los retratos. El incendio va tomando intensidad y el humo hace que la escena presente un aspecto fantasmal. Lentamente comienza a descender el telón pero se detiene al iluminar un foco su marco vacío. Dentro se oyen golpes en la puerta y la voz de AMELIA desesperadamente.)

AMELIA.- (Con angustia.) Señorito Silvio... Señorito Silvio... Abra la puerta... Señorito Silvio.

(Los golpes son cada vez más fuertes y angustiosos.)

(El telón vuelve a iniciar su descenso para dar...)

FIN A LA TRAGICOMEDIA